

Ayacucho. De la lucha contra el colonialismo español a la defensa del imperialismo yanqui. Una lectura de *Los hombres de a caballo*, de David Viñas

Leonardo Candiano

Facultad de Filosofía y Letras, UBA / CONICET

Resumen

La ponencia propone analizar la novela de David Viñas *Hombres de a caballo*, a la luz de los festejos bicentenarios que se desarrollan en la actualidad en América Latina y en relación con las modificaciones en el rol de las fuerzas militares del continente desde el proceso independentista del siglo XIX hasta los momentos contemporáneos a la escritura de la obra.

En esta novela Viñas postula que si en los albores de la independencia nacional las fuerzas militares argentinas protagonizaron enfrentamientos contra los realistas más allá de nuestras fronteras (cruce de Los Andes y batalla de Ayacucho como momentos emblemáticos), la *Operación Ayacucho* de 1964 en Perú da comienzo a la participación de nuestro ejército en las luchas conjuntas de tropas de diversos países del continente, bajo dirección estadounidense, contra los nuevos movimientos de liberación que se diseminaban por toda América.

Se presenta, así, un itinerario militar que va desde los combates por la emancipación de América Latina a las pretensiones de aniquilar a las guerrillas y organizaciones populares nacidas en la segunda mitad del siglo XX. Las instituciones militares nacionales han pasado de luchar contra el colonialismo español a defender la política imperial de los Estados Unidos.

1824-1964 son las fechas que permiten enmarcar una de las lecturas posibles de la novela de David Viñas *Los hombres de a caballo*, publicada en 1967.

A través de una estructura fragmentaria –con una multiplicidad de espacios en los que se despliegan las secuencias narrativas; una constante ruptura de la linealidad temporal mediante recuerdos o reminiscencias de los protagonistas y una prolífera utilización del *racconto* y la *analepsis*; un relato construido por una serie de narradores (en primera o tercera persona) inmersos en diversas coyunturas históricas, políticas y militares–, esta obra denuncia la transformación del rol de las fuerzas armadas argentinas a lo largo de la historia y propone un itinerario que va desde el proceso de independencia sudamericano de comienzos del siglo XIX a las pretensiones de aniquilar a los nuevos movimientos políticos y político-militares surgidos en la segunda mitad del siglo XX.

Los años 1824 y 1964 remiten en la novela a dos sucesos verídicos que pueden pensarse como símbolos de un ideario continental emancipador que va mutando hasta convertirse en su contrario. Dos momentos unidos por el nombre de una misma ciudad: Ayacucho; y por un mismo apellido: Godoy.

La batalla de Ayacucho de diciembre de 1824 fue el combate que selló irreversiblemente la victoria sobre el colonialismo español en Sudamérica. El denominado “Operativo Ayacucho” de diciembre de 1964, por el contrario, representa el inicio de la sistematización de la represión dirigida por el Departamento de Estado norteamericano contra los movimientos populares de liberación en América Latina para afianzar su dominio en la región. Los ejércitos nacionales, que en sus orígenes lucharon por la independencia de sus pueblos, dan vuelta definitivamente sus fusiles y se instruyen para oprimirlos cada vez con mayor eficiencia:

Viñas traza paralelos entre estos distintos períodos en la historia latinoamericana: Ayacucho 1964 y 1824. En 1964 la misma acción se repite pero cambia de signo. Lo que era positivo se vuelve negativo. La lucha por la revolución se vuelve ahora la lucha contra la revolución. (Valverde, 1989: 139)

El Ayacucho del siglo XIX adquiere aquí un carácter épico, popular y libertador. Es relatado en dos secuencias desde la perspectiva de José María Godoy, granadero a caballo de Buenos Aires, miembro del ejército libertador que cruzó la cordillera de Los Andes junto con San Martín en 1817 y que siete años después combatió en territorio peruano contra los realistas como parte de la división Córdova comandada por el General inglés Guillermo Miller.

El segundo Ayacucho es menos célebre. Se trata de la intervención del ejército argentino en el simulacro de una operación militar antiguerrillera realizado en Perú, en el cual participaron además fuerzas de otros cinco países: Bolivia, Paraguay, Colombia, Venezuela y las tropas locales; todas bajo la dirección de un coronel estadounidense.

Este ejercicio de contrainsurgencia fue el primero ejecutado en forma conjunta por tropas oficiales de diferentes países de la región en el siglo XX, y es el que articula *Los hombres de a caballo* a través de la participación en él de otro Godoy: Emilio, Capitán de la caballería y tataranieta de José María.

¿Cómo pasamos de un Ayacucho a otro? ¿Por qué un ejército fundado para combatir en campañas libertadoras en amplias regiones de nuestra América se convirtió en este otro que actúa en 1964 sometido a los intereses estratégicos de los Estados Unidos en medio de la guerra fría? Sobre estos interrogantes gira el texto de Viñas en un constante ir y venir por esos ciento cuarenta años de historia que transcurren entre los dos Ayacucho.

La obra entrecruza tres niveles: el de una familia –los Godoy–, el de una institución –el ejército– y el de un país –la Argentina. Para comprender el paso de José María a Emilio hay que atravesar por numerosas secuencias que se van intercalando sin un orden previsible y que están referidas (además de las correspondientes a José María y, sobretodo, a Emilio) a Miguel, Luciano, Leandro y Marcelo; distintas generaciones de Godoy que actuaron en momentos clave de la historia nacional como integrantes del ejército.

El primero de los Godoy es José María. En los cinco breves fragmentos que protagoniza en la novela se destaca por características que no poseerá ninguno de sus descendientes: entrega absoluta por la causa independentista, una cosmovisión americanista que lo lleva a dar la vida por la libertad en distintas tierras del continente, un ciclópeo sacrificio personal y un gran arrojío durante el combate. José María posee las cualidades de un héroe: pelea en Ayacucho sable en mano y cuerpo a cuerpo contra los realistas como miembro de un ejército popular y americano que, en condiciones magras, sobreponiéndose al hambre y al frío de la campaña, ya había consumado, entre otras cosas, una de las mayores hazañas de la historia militar mundial, el cruce de Los Andes:

[E]jército que trepa la montaña. Ejército con idéntico olor, ejército con mulas, menaje reducido y varias banderas arrolladas, con muchas ganas de llegar al otro lado, juntando (como ser algún recuerdo de Calilegua, saliva, trovos o un desgarrón lechoso en el hombro y bajo el correa-je). Ejército rejuntado, ansioso, bastante moreno y benemérito, ejército planeado, veterano, sin pompa, minúsculo y americano. Ejército cagado. Buen ejército. (Viñas, 1968: 76-77)

Viñas vincula la fundación de la fuerza militar nacional exclusivamente con las gestas de independencia sanmartinianas que llevaron a la liberación de Chile y a la rendición realista en Perú. De esta manera, propone a las tropas argentinas como un factor fundamental para el proceso independentista continental.

Pero el autor también se encarga de recalcar que esas tropas que conformaban un *buen ejército* y que lograron llevar a cabo tales epopeyas eran *minúsculas, morenas, americanas, con olor a mierda encima y sin pompa*. Es decir, el Ejército Libertador de Los Andes es presentado, ante todo, como un ejército popular:

Tres mil hombres, cinco mil hombres, la mayoría de Cuyo que dicen pitiía y él no entiende (“¡Op, op!”, y avanzan). Tres mil hombres parecen muchos, un ejército, por así decir, pero lo que son es Grimaldos y Fuentes el del labio leporino, y Atucha que ya no canta y Ferreyra avecindado en el Atuel y el otro, también Ferreyra pero medio herrero y Saturnino de nombre y de apodo El Mocho y Argüelles que va repechando esa loma y las breñas, reconocible de lejos por su poncho catamarqueño y desflecado, como si permanentemente le lloviera encima del cuerpo. (Viñas, 1968: 75)

Esta caracterización de las fuerzas armadas se va a ir modificando paulatina e irremediablemente con el paso de los años. Si José María formó parte de un regimiento constituido mayoritariamente por gauchos de provincia de *ponchos desflecados*, su hijo Miguel –que protagoniza tres secuencias en la obra– planteará que “a estos gauchos no hay quien los cure, hay que reemplazarlos” (Viñas, 1968: 112). Y es a eso a lo que se dedicará gracias a su función militar: a enfrentar al gauchaje y a perseguir a los que escriben “Biba Rosas” en los muros de los pueblos de la provincia de Buenos Aires. Esos gauchos, tan parecidos a los que cruzaron la cordillera décadas atrás, ahora reciben a tiros a este soldado unitario hijo de un integrante de la campaña libertadora de América.

La participación militar de Miguel Godoy expresa a un ejército que se desempeña casi exclusivamente como fuerza de choque de sectores nacionales enfrentados. Lo que era una tropa libertadora se ha convertido en un factor de poder dentro de nuestras propias fronteras en medio de las disputas entre unitarios y federales. Esta función que cumple Miguel es la que continuarán sus descendientes, y quizás este sea el motivo por el cual en la estancia del padre de Emilio –Leandro– haya varios retratos suyos *con la patilla en “u”* y ninguno de José María.

Otro de los Godoy es el hijo de Miguel: Luciano. Su presencia en *Los hombres de a caballo* resulta imprescindible porque con él comienza a institucionalizarse una ideología militar con rasgos aristocráticos, fuertemente aliada con la oligarquía nativa, absolutamente conservadora, represiva y antidemocrática; características que se consolidarán y profundizarán dentro del ejército argentino a lo largo del siglo XX.

Coronel de la campaña del desierto encabezada por Roca, Luciano Godoy se destaca por perseguir a Namuncurá y por anexas tierras un poco para la nación y otro poco para él. Lejos de retomar el camino independentista de su abuelo, pretende concluir el proceso iniciado por Colón en 1492 y barrer del sur a los pueblos originarios.

La denominada campaña del desierto promovida por Roca fue, como se sabe, exitosa. Años después del genocidio indígena, la Argentina poseía nuevos y enormes territorios para explotar, y Luciano se había convertido en un pujante latifundista de la provincia de Buenos Aires:

[M]il ochocientos setenta y siete años desde el nacimiento de nuestro Salvador, setenta y siete, ciento cuatro, ciento cinco postes ya pelados, ciento diez, ciento once, sí, sí, Luciano. *Correos y Telégrafos de la Nación* (...) Cien pozos de dos metros y medio orillando solapadamente las vías del ferrocarril, doblando en la vuelta del arroyo, quebrándose en ángulo sobre el Salado, prolongándose y medio ahogándose entre el verde sucio de esas cinascinas y trepando majestuosamente aunque en zigzag por esa lomada hasta llegar al borde del ejido. (“¿Cuántos van?” “¡Doscientos cuarenta y siete!”, informa Valeiras, y tacha algo en una libreta que saca del bolsillo de atrás (...)) [Luciano] empieza a recorrer esa línea de pozos categóricos y húmedos, casi como pulpas o sucesivos ojos sin órbitas pero todavía vivos, algunos ya con los postes enterrados,

verticales, otros apenas marcados con una estaca, pero la mayoría con el poste tirado sobre un montículo de tierra y un número en la base. Y todos que no marcan el leguaje, sino límites de su nueva estancia. (Viñas, 1968: 358-359)

Su condición de coronel y hacendado contiene, en su sola figura, los dos componentes de una alianza tan perdurable como aciaga para el desarrollo social del país en los años venideros: la establecida entre militares y terratenientes. Con él se revela un ejército profesionalizado que es el brazo armado del Estado nacional que organiza la Generación del '80. El ejército funciona como una fuerza aliada con los sectores concentrados del capital nacional y extranjero; participa de los mismos negocios que el poder económico y político y tiene un carácter antipopular. Gauchos e indios son el enemigo a aniquilar, la mayoría de las veces indefenso. Si años atrás Miguel Godoy muere degollado por una montonera federal allá por los antiguos límites provinciales de Buenos Aires, Luciano enfrentará a oponentes extremadamente debilitados y solo tendrá que preocuparse por calcular los límites de su nueva estancia.

Por otra parte, a mitad de camino entre su abuelo libertador y su nieto Emilio, Luciano connota el giro definitivo de los militares argentinos al haber participado anteriormente de otro vergonzante genocidio perpetrado por nuestras fuerzas armadas: el de la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay del Mariscal Francisco Solano López.

El trayecto que propone Viñas continúa con el General Leandro Godoy, hijo de Luciano y padre de Emilio. Represor condecorado por su labor en la Semana Trágica, conspirador contra Yrigoyen desde el '28, golpista dos años después e interventor en Salta durante el gobierno de Urriburu, Leandro es uno de los portavoces de una doctrina antidemocrática que se hace explícita en las siguientes líneas:

Con el triunfo de Yrigoyen en 1916, anunció que se iba del ejército. “Todo va a empezar a pudrirse”, vaticinó. Los amigos le dieron la razón, pero le rogaron que se aguatase: “lo primero es la Institución”, argumentaban. Él acató a sus camaradas. Era de los pocos que iba para Coronel y presintió que apostaban a su mano. (Viñas, 1968: 232)

Con Leandro Godoy emerge un ejército que ya no se dedica a extender las fronteras ni a permitir organizar una nación posible, sino que se vuelve a situar en el gobierno para procurar el retorno de las condiciones generadas en 1880, parcialmente interrumpidas en 1916. Las fuerzas armadas no responden al poder político del Estado, sino al de los sectores económicos dominantes que, por motivo de la ampliación de los derechos democráticos logrados con la implantación del voto secreto y obligatorio, habían perdido ese poder y son un factor de coerción determinante en la realidad política argentina. Por un lado, entonces, la voluntad popular; frente a ella, las armas de las fuerzas militares del Estado.

Luego de Leandro llegamos a la generación de Emilio, aunque entre ambos está Marcelo, su hermano mayor. Conspirador fracasado del '51, golpista exitoso en el '55, fusilador en la revuelta de Valle en el '56, Marcelo es un fiel continuador de las ideas de su padre y de su abuelo. Integrante del bando colorado en la disputa interna del ejército de 1962, es expulsado de la fuerza a causa del triunfo de los azules. Terminará suicidándose y cumpliendo con el vaticinio que años atrás había hecho su padre: “los Godoy se iban del ejército como generales o cadáveres” (Viñas, 1968: 232).

Antes, durante y después de las secuencias que muestran el accionar de los antepasados del protagonista y, a través de estos, del ejército argentino a lo largo de la historia, se desarrolla el mencionado “Operativo Ayacucho” en el que participa el Capitán Emilio Godoy.

Emilio es *el último de los Godoy* y permite cerrar el itinerario inaugurado por José María. Si su tatarabuelo cruza en mula las aún inestables fronteras nacionales para llevar el proceso

independentista a otras regiones del continente, él –que hace su mismo recorrido, ya que de la Argentina viaja en un cómodo Douglas hacia Chile y de allí a Perú–, partirá al exterior para instruirse en el combate contra los nuevos movimientos de liberación surgidos en América Latina luego del triunfo de la revolución cubana.

Emilio es un personaje ambiguo, crítico del accionar del ejército pero incapaz de actuar en consecuencia. Por el contrario, termina delatando a su compañero Arteche por sus críticas constantes al Operativo y a la institución militar, lo que motiva la expulsión de este de la fuerza. A pesar de su disconformidad y su hastío, Emilio se resigna a hacer carrera porque no vislumbra otra alternativa para él:

No tenés que olvidar que salir del ejército, abandonar el ejercicio cotidiano del mando o del cuartel, los camaradas, las órdenes y al jerarquía es perder para siempre lo categórico y las convicciones (...) Es como descubrirse sin carne. Vos tenés que entenderme: es quedarse sin cuerpo. Irse del ejército para nosotros, para mí, es como ser un alma en pena. Morirse Videlita. Mucho peor: vivir castrado. (Viñas, 1968: 32)

Su posición como miembro del ejército y a la vez cuestionador del rol que lleva adelante otorga al relato una perspectiva crítica particular al mostrar las incongruencias del discurso y el accionar militar no solo desde un enfoque ajeno al cuerpo sino incluso desde una postura perteneciente a las propias fuerzas armadas.

De esta manera, a través de la familia Godoy, Viñas historiza el rol del ejército a lo largo de la historia argentina y latinoamericana, a la vez que reflexiona sobre la ideología que lo sustenta.

En esta obra se observa que aunque todos los Godoy que integraron el ejército fueron granaderos o miembros del cuerpo de caballería (o sea, todos fueron o son *hombres de a caballo*), existen notorios contrastes entre José María y sus descendientes, entre los cuales se puede establecer una continuidad ideológica desde Miguel, pasando por Luciano y Leandro, hasta Marcelo (continuidad que, como mencionamos, solo será puesta en duda por Emilio, por más que ello no genere ningún tipo de acción concreta de su parte).

La distancia entre José María y el resto de los Godoy se evidencia por un lado en la situación ya expuesta de que José María pertenece a un ejército moreno, popular y americano. Por el contrario, casi un siglo y medio después, Emilio, ante la pregunta de una periodista norteamericana respecto de las fuerzas continentales que participan del “Operativo Ayacucho”, le hará la siguiente salvedad: “los argentinos no somos latinoamericanos (...) somos rioplatenses, que es otra cosa” (Viñas, 1968: 74). De aquel ideario de unidad latinoamericana que demuestran y promueven las tropas libertadoras en el siglo XIX a través de sus luchas por todo el inmenso territorio continental poco ha quedado a mediados del siglo XX.

En segunda instancia, la condición social de José María dista bastante de ser semejante a la de los demás Godoy. En medio del cruce de Los Andes él recuerda que cuando el General San Martín lo conoció, una de las primeras cosas que le preguntó fue si era hacendado, a lo que respondió: “a medias” (Viñas, 1968: 75). Esta posición de pequeño o mediano propietario de tierras, a lo que podemos sumar distintas descripciones posteriores sobre su vida en Buenos Aires que se relatan en la obra, lo alejan tanto de su hijo Miguel –habitué de los salones literarios de Buenos Aires, quien se caracterizaba por su *andadura de señorito* y por competir con los franceses que visitaban Montevideo por el largo del frac durante el Sitio Grande–, como de su nieto terrateniente Luciano –que solía emborracharse en los cabarets parisinos durante sus vacaciones–, de su bisnieto Leandro –que luego de renunciar a la gobernación en Salta parte hacia Europa junto con su esposa en un viaje que durará meses–, e incluso de Marcelo y Emilio –de quienes se podría decir que tuvieron una vida acomodada a pesar de la decadencia económica que comienza a tener la familia desde mediados de los años ‘30.

Por otra parte, cuando cruza Los Andes, José María observa vomitar a San Martín, que va delante de él sufriendo por ese clima de cordillera que le hace sangrar la nariz constantemente. En ese momento siente que su jefe es “un hombre como él” (Viñas, 1968: 77). La relación entre generales y tropa en los tiempos de la fundación del ejército libertador parece ser estrecha y funciona como la contracara del verticalismo de la institución militar de mediados del siglo XX que puede leerse en los comentarios del General Valeiras, jefe máximo de las tropas argentinas durante el “Operativo Ayacucho”:

Los generales estamos en el medio, mi general: arriba Dios o lo que usted quiera... No: si yo sé que usted no es creyente. –Ni ninguno de los de mi generación, general. –Pero, hacia arriba Dios y, allá abajo, la gente. Rezar y mandar... Es lo único que podemos hacer nosotros, mi general... (Viñas, 1968: 278-279)

Asimismo, cabe destacar que si el Ejército Libertador de Los Andes una y otra vez se negó a intrometerse en las disputas internas del país, en *Los hombres de a caballo* el General Valeiras nos ofrece una visión bien distinta respecto del rol que deben tener las fuerzas armadas argentinas:

–Este sistema de los planteos no corre. No sirve, Godoy –siseó–. Es como dedicarse a pintar los domingos y feriados. Así no se hace pintura. Ni música. Ni nada. Y mucho menos política. Esa era la palabra, se estremeció Emilio. Truco, retruco y quiero. Que mostrara sus naipes. Basta de fingir, Gabriela.

–¿Qué política? –lo apuró

–La del Ejército – dijo el Viejo cubriéndose el bigote con la mano (...)

–Habría que aclarar qué entendemos por política del ejército, mi general –dijo por fin desgadamente.

–Muy simple –manoteó el Viejo con rapidez–. Que tenemos que pensarnos no como algo alterado sino como una cosa continuada. (...)

–¿No como grupo de presión?

–De ninguna manera. Un grupo de presión es algo contingente; el ejército, no. Trasciende, estamos más allá. En nuestro país que es lo que nos interesa de cerca, y en cualquier parte. Ya nadie lo duda. Nos necesitan, como en otra época necesitaban a los banqueros... o a los abogados. Y nosotros podemos reemplazar a los abogados, tecnificar la política y aliarnos con los banqueros, que van a estar locos de la vida... Por eso Godoy, hay que chapar –se sonrió el Viejo campechamente (...). Por eso no podemos manifestarnos a través de planteos. Eso está bien para los ganaderos unidos, o para los almaceneros unidos, o para los monos unidos. No para nosotros. El ejército es lo previo y lo permanente: antes de la nación y sustancia de la nación. No la última reserva, eso supone una concesión. En realidad, somos la única. (Viñas, 1968: 41-42)

De esta forma se explicita la ideología que sostiene a esta institución y los fundamentos que rigieron sus actos en los acontecimientos sociopolíticos del país por lo menos desde 1880 en adelante, con sus continuos golpes de Estado y sus planes de gobierno de facto que, en el período de Onganía –tiempo de enunciación de la novela–, se postulaban a través de un proyecto a largo plazo.¹

En este sentido, *Los hombres de a caballo* no solo son los Godoy, sino también los líderes de la autoproclamada Revolución Argentina que motivaron uno de los tantos exilios de Viñas. No resulta fortuito, entonces, el vínculo entre el título del texto y el hecho de que tanto Onganía como Levingston y Lanusse (los tres presidentes de facto en el período 1966-1973) fuesen integrantes del cuerpo de caballería. Además, el propio Viñas en una entrevista en la que responde sobre

1 Ver Lanusse, Alejandro, *Mi testimonio*, Lasserre, Buenos Aires, 1977. Allí uno de los generales que fuera presidente de facto en el período sostiene que el proyecto de la Revolución Argentina se proponía por lo menos estar 25 años ininterrumpidos en el gobierno.

esta obra señala en referencia al personaje del Viejo Valeiras, que es “una mezcla de Onganía y Osiris Villegas, un gran gorila” (Viñas, 1967: 4).

Esta posición ideológica antidemocrática se observa también en Leandro Godoy. Por ejemplo, ante la humillación que decía sentir en cada octubre desde 1945, leemos:

Pero jamás dejó de pensar que el ejército volvería a reaparecer. “Volveremos”, auguraba: el ejército tenía que regresar; los estupendos caballos renacerían, y al galope tendido, aunque trajeran el lomo cubierto de ceniza. El país tenía que volver al ejército. “Si no, vamos al caos. Es la única alternativa...” ¿Cómo se te ocurre que podía dudar de eso? (Viñas, 1968: 367)

Del mismo modo, si en los años ‘30 Leandro Godoy fundamenta el golpe de Urriburu con su incredulidad en relación con los beneficios que otorgaría el sistema democrático, en los ‘60 las palabras del General Valeiras evidenciarán la continuidad de esta línea ideológica dentro del ejército:

En lo que hace a las concesiones que se ha tenido que hacer al juego democrático... El proceso tiene una fecha indudable: 1916. Sí, mi general. Desde entonces el voto masivo ha sido factor clave. Sí, señor... Para tener en cuenta, para calmar, para convencer o, peor aún, para adular. Adular. Los gobiernos civiles se han visto obligados a tener en cuenta ese factor preponderante. Correlativamente: han perdido autonomía, autoridad y eficacia... Que venga alguien y me lo discuta. Casi siempre el deterioro ha sido total. Absolutamente. Los gobiernos civiles han dependido de ese factor en la medida en que han sido, o se han declarado, originados en el voto general. Su política, pues, ha estado desde su inicio condicionada... Con otras palabras: en todo gobierno civil de origen eleccionario se advierten ya, en potencia, los gérmenes de la demagogia... Depender de los votos. Las elecciones populares como base de la democracia. La opinión del pueblo. ¿De qué me hablan? Si con la televisión en la mano se les hace pensar cualquier cosa (Viñas, 1968: 179)

Pero este ejército represor, antidemocrático y antipopular no es solamente el argentino. Como señala el Coronel Henry, actualmente “la uniformidad del material –léase los ejércitos americanos presentes en el ‘Operativo Ayacucho’–, es prácticamente total” (Viñas, 1968: 104).

Lo mismo descubren quienes observan el desfile militar por las calles de Lima luego del final del simulacro:

La marcha la encabezan los hombres de a pie; son pocos, doscientos: venezolanos, paraguayos, bolivianos y colombianos. Casi lo mismo. Con esos uniformes y esos cascos todos se parecen. Francis anota en su libreta: Todos los países de A. L. se han igualado: uniformes, cascos, el color. Ya no hay diferencias. Quieren que no haya diferencias para ser más eficaces (Viñas, 1968: 258)

El carácter continental del proceso encabezado por Estados Unidos está en marcha y requiere de la homogeneización de las fuerzas militares de América. Para eso, tal como se expone a través de las reflexiones del General Valeiras mientras observa el paso de la tropa peruana, no alcanza con la utilización de uniformes similares:

[E]sos hombres están en su propio país y en ningún momento han sentido el efecto del clima. Lo climatérico. Secundario pero clave. Los míos se ponen nerviosos. Hay que tener en cuenta esos desplazamientos de tropas. Comida distinta, desubicación, ansiedad. Enfrentamientos entre sectores nacionales de una fuerza conjunta. Esto es fundamental. Analizar e informar. Se solucionaría con una fuerza conjunta, permanente y de gran movilidad. ¿Institucionalizarla? Nosotros podríamos plantear la iniciativa. Resistencias... lógico. Pero polarización también.

Que todos sientan que están en lo mismo. *Estamos en lo mismo*. Sabiendo que el enemigo es uno solo, el mismo, nos fortalecemos. *El miedo nos fortalece, caballeros*. (Viñas, 1968: 256)

Este rasgo regional del proyecto político-militar representado en *Los hombres de a caballo* se manifiesta también en la reunión entre quienes comandan las tropas de cada país. Ante la evidencia de que en ese operativo las fuerzas armadas peruanas, por ser mayoritarias y estar en su territorio, se llevarán gran parte del rédito político, se genera la protesta del líder del pelotón venezolano:

–[Q]ueremos tener nuestra oportunidad.

–No les faltará –intervino conciliador el boliviano Bosch.

El venezolano se volvió rápidamente en su asiento:

–¿Usted cree?

–No les faltará –insistió el coronel Bosch-. Y ese será el momento en que todas las vainas se las coman ustedes...

El Viejo volvió a intervenir:

–Yo espero que todos tengamos esa oportunidad.

El coronel Henry no alzó la cabeza:

Yo también lo espero, general.

–¿En cada país?

El coronel Henry dijo muy suavemente:

–Es nuestro gran proyecto (Viñas, 1968: 106)

Una postura semejante se lee al final del operativo en una conversación entre Henry y el Viejo Valeiras:

–En Washington lo van a tener muy en cuenta –repite-. Muy en cuenta.

–Me imagino –ha dicho el Viejo.

–Este asunto les parece decisivo.

–Es decisivo –consiente el Viejo.

–Hay que sistematizarlo.

–Así es, sí (Viñas, 1968: 232).

En conclusión, si José María inició la estirpe militar de los Godoy, los ideales de la campaña libertadora que integró no tuvieron esa misma descendencia. Ya con Miguel el ejército se ha convertido principalmente en una fuerza destinada a dirimir conflictos nacionales internos. En la época de Luciano, pasa a ser el brazo armado de un sector social devenido en hegemónico y que organiza el Estado a su arbitrio. En el siglo XX, el ejército asume un rol aún más regresivo y antidemocrático actuando permanentemente como grupo de presión contra los gobiernos populares surgidos luego de la Ley Sáenz Peña, genera continuos golpes de Estado y reprime todo tipo de manifestación u organización popular, tal como puede leerse en los apartados referidos a Leandro y a Marcelo. Finalmente, con su participación en el “Operativo Ayacucho”, Emilio parece retornar al sendero iniciado por José María, aunque en realidad se posiciona en el extremo opuesto de aquel al cumplir una misión militar represiva sobre movimientos populares americanos más allá de las fronteras nacionales.

Así, el ejército argentino –a medida que se fue institucionalizando y aliando con sectores de poder– pasó de defender nuestra patria grande a ser una fuerza necesaria para esclavizarla detentando el mismo rol que aquellos que defendían el Virreinato a comienzos del siglo XIX: esos americanos “realistas” a los que José María venció en 1824. Quizás como expresión de esta situación, ni bien llega a Lima para el inicio del operativo, el General Valeiras es recibido por el

Capitán peruano Lezama y ambos son vistos por Emilio como: “dos señores virreinales en medio de la pista” (Viñas, 1968: 59).

Ahora, si a mediados del siglo XX se oficializa el tutelaje militar estadounidense y los ejércitos nacionales ocupan el lugar de garantes de un *status quo* basado en la desigualdad y en la represión en medio de una situación de convulsión social continental que va adquiriendo un carácter revolucionario, cabe preguntarse entonces quién detenta el rol de fuerza armada liberadora en dicho contexto.

A raíz de este interrogante resulta esclarecedor el hecho de que el denominado *último de los Godoy*, Emilio, en verdad no sea tal, ya que tiene un hijo a quien llama José María. Es decir, Emilio le pone a su hijo el mismo nombre que tuvo *el primero de los Godoy*, a pesar de que su mujer deseaba llamarlo de otra manera. Emilio fundamenta su elección con estas palabras: “Y si mi hijo se llamaba José María era porque yo le pasaba lo que había quedado a nuestras espaldas, vinculándolo imperativamente a eso y hasta obligándolo a que lo continuase (Viñas, 1968: 261).

Se presenta, así, un itinerario militar que va desde los combates por la emancipación de América Latina a las pretensiones de aniquilar a las guerrillas y organizaciones populares nacidas en la segunda mitad del siglo XX. Las instituciones militares nacionales han pasado de luchar contra el colonialismo español a defender la política imperial de los Estados Unidos.

Pero si este es el trayecto de 1824 a 1964 descrito por Viñas en *Los hombres de a caballo*, también se manifiesta que el niño José María Godoy es *obligado imperativamente a continuar* el camino iniciado por el tatarabuelo de su padre, o sea, un camino revolucionario, el camino iniciado por aquel ya lejano ejército moreno, americano, popular, que trepó las montañas más altas del continente en busca de la liberación de la patria grande, un ejército sin pompa y bastante sucio capaz de vencer todo tipo de obstáculos y enfrentarse a las fuerzas que sostienen al sistema político dominante en pos de instaurar otro orden social.

No hace falta aclarar a esta altura que en el momento de publicación de la obra, el año 1967, bajo el signo de su tiempo, esos ejércitos populares de liberación ya se estaban diseminando *como tábanos* a lo largo y a lo ancho de nuestra América...

Referencias bibliográficas

- Cavarozzi, Marcelo. 1988. “Los ciclos políticos en la Argentina desde 1955”, *Transiciones desde un gobierno autoritario*, vol. 2. Buenos Aires, Paidós.
- Croce, Marcela. 2005. *David Viñas. Crítica de la razón polémica. Un intelectual argentino heterodoxo entre contorno y dios*. Buenos Aires. Suricata.
- Gilman, Claudia. 2003. *Entre la pluma y el fusil, debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- James, Daniel. 1990. *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Kohan, Martín. 2004. “La novela como intervención crítica: David Viñas”, en Saítta, Sylvia (dir.). *El oficio se afirma, Tomo IX de la Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires, Emecé, pp. 253-271.
- Miller, John. 2010. *Memorias del General Miller*. Madrid, Espasa.
- O’Donell, Guillermo. 1972. *Modernización y autoritarismo*. Buenos Aires, Paidós.
- . 1977. “Estado y alianzas en la política argentina”, *Desarrollo Económico* N° 64.
- Piglia, Ricardo. 1993. “Viñas y la violencias oligárquica”, en *La argentina en pedazos*. Buenos Aires, de la Urraca.
- Portantiero, Juan Carlos. 1961. *Realismo y realidad en la narrativa argentina*. Buenos Aires, Proción.

- . 1977. "Economía y política en la crisis argentina", *Revista mexicana de Sociología*, N° 2.
- Roca, Pilar. 2007. *Política y sociedad en la novelística de David Viñas*. Buenos Aires, Biblos.
- Rodríguez Monegal, Emir. 1956. *El juicio de los parricidas, la nueva generación argentina y sus maestros*. Buenos Aires, Deucalión.
- . 1957. "Dos novelas de David Viñas: los parricidas crean", *Marcha*. Montevideo N° 859, p. 21.
- . 1967. "David Viñas en su contorno", *Mundo Nuevo*, N° 18, diciembre, pp. 75-84.
- Rouquié, Alain. 1978. "Conclusiones", en *Poder militar y sociedad política en la Argentina, Tomo II*. Buenos Aires, Emecé.
- Sucre, Antonio. 1981. *De mi propia mano*. Caracas, Ayacucho.
- Terán, Oscar. 1993. *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual*. Buenos Aires, El cielo por asalto.
- Valverde, Estela. 1989. *David Viñas: En busca de una síntesis de la historia argentina*. Buenos Aires, Plus Ultra.
- Viñas, David. 1967a. "Argentina: ejército y oligarquía", *Cuadernos de la Revista Casa de las Américas*. La Habana.
- . 1967b. "David Viñas habla de su próxima novela", *Ovaciones*. México. 23 de abril.
- . 1968. *Los hombres de a caballo*. Buenos Aires, Siglo XXI.

CV

LEONARDO MARTÍN CANDIANO ES LICENCIADO EN LETRAS POR LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UBA. ACTUALMENTE CURSA EL DOCTORADO EN DICHA INSTITUCIÓN Y ES BECARIO INVESTIGADOR DEL CONICET, CON SEDE DE TRABAJO EN EL INSTITUTO DE FILOLOGÍA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UBA. ENTRE SUS PUBLICACIONES MÁS IMPORTANTES SE ENCUENTRA EL LIBRO *BOEDO, ORÍGENES DE UNA LITERATURA MILITANTE* (2007).